

Preios de suscripcion.

En Madrid, por un mes. 12 rs.
 En las Provincias, por id. franco de porte. 16
 En Ultramar y el Extranjero, por trimestre. 86
 El periódico se publica todas las tardes, excepto los domingos.

Anuncios y comunicados.

Se admiten á medio real por linea los primeros, y á cuatro reales los últimos.
 Toda comunicacion á la administracion debe venir franca de porte, sin cuyo requisito no se admitirá.
 Se darán suplementos cuando lo exijan las circunstancias.

Preios de suscripcion.

En MADRID en la redaccion, calle de Valverde, número 6, cuarto bajo; y en las librerías de D. Juan Sanz, calle de Carretas, y de Villa, plazuela de Santo Domingo.
 En las PROVINCIAS en las principales librerías; y por medio de una librería tomada en cualquiera estafeta ó administracion de Correos á favor de la administracion del periódico, abonando el descuento del giro y remitiendo aquella en carta á dicha oficina.
 En el ESTRANJERO: Bayona, librería de Le Mathe; Burdeos, redaccion del Correo de la Gironda; Paris id. de la Moda, y de la Gaceta de Francia, rue du Doyenné, núm. 12 place du Carrousel; Londres, id. del True-Tablet, Roma, Pietro Merle, via del Corso, núm. 343.

LA ESPERANZA,

PERIODICO MONARQUICO.

ABDICACION DE D. CARLOS.

CARTA DEL REY CARLOS V AL PRINCIPE DE ASTURIAS.

Mi muy querido Hijo: Hallándome resuelto á separarme de los negocios políticos, he determinado renunciar en Ti y transmitirte mis derechos á la Corona. En consecuencia, te incluyo el acta de renuncia que podrás hacer valer cuando juzgues oportuno.

Ruego al Todo-Poderoso te conceda la dicha de poder establecer la paz y la union en nuestra desgraciada patria, haciendo asi la felicidad de todos los Españoles.

Desde hoy tomo el título de Conde de Molina, bajo el cual quiero ser conocido en adelante.

Bourges 18 de Mayo.

Firmado, CARLOS.

ABDICACION DE S. M. CARLOS V.

Cuando á la muerte del Rey D. Fernando VII, mi muy querido Hermano y Señor, la divina Providencia me llamó al Trono de España, confiándome el bien de la Monarquía y la felicidad de los Españoles, lo consideré como un deber sagrado: penetrado de sentimientos de humanidad y confianza en Dios, he consagrado mi existencia entera á cumplir tan difícil y penosa mision.

En España, como fuera de ella, al frente de Mis fieles súbditos y hasta en la soledad del cautiverio, la paz de la Monarquía ha sido constantemente Mi único anhelo y el fin principal de mis desvelos. En todas partes mi corazon paternal ha deseado ardientemente el bien de los Españoles. He debido respetar mis derechos, pero no he ambicionado jamás el poder; por lo tanto, mi conciencia se halla tranquila.

Despues de tantos esfuerzos, tentativas y sufrimientos, soportados sin éxito, la voz de esta misma conciencia y los consejos de mis amigos me hacen conocer que la divina Providencia no me tiene reservado el cumplir el cargo que me habia impuesto, y que es llegado el momento de transmitirlo al que los decretos del Altísimo llaman á sucederme.

Renunciando pues como renuncié á los derechos que mi nacimiento y la muerte del Rey Don Fernando VII, mi augusto Hermano y Señor, me dieron á la Corona de España, transmitiéndolos á mi Hijo primogénito CARLOS LUIS, Príncipe de Asturias, y comunicándolo á la España y á la Europa por los solos medios de que

puedo disponer, cumplo un deber que mi conciencia me dicta, y me retiro á vivir libre de toda ocupacion política, y pasaré lo que me queda de vida en la tranquilidad doméstica y en la paz de una conciencia pura, rogando á Dios por la felicidad, la gloria y la grandeza de mi amada Patria.

Bourges 18 de Mayo de 1845.

Firmado, CARLOS.

RESPUESTA DE S. A. R. EL PRINCIPE DE ASTURIAS.

Mi muy amado Padre y Señor: He leído con el mas profundo respeto la carta con que V. M. me ha honrado en este dia y el acta que la acompañaba. Cual Hijo obediente y sumiso, mi deber es conformarme con la soberana voluntad de V. M.; así tengo la honra de elevar á sus Reales pies el acta de aceptacion.

Imitando el buen ejemplo que V. M. me dá, tomo desde este dia y por el tiempo que crea oportuno, el título de Conde de Montemolin.

Quiera el Cielo, oyendo mis mas fervientes ruegos, colmar á V. M. de toda suerte de prosperidades, como le pide y pedirá constantemente su mas respetuoso Hijo.

Bourges 18 de mayo de 1845.

CARLOS LUIS.

ACEPTACION.

Me he enterado con filial resignacion de la determinacion que el Rey mi augusto Padre y Señor me ha comunicado en este dia, y aceptando como acepto los derechos y deberes que su voluntad me transmite, asumo una carga que procuraré cumplir con el auxilio divino, con los mismos sentimientos y el mismo celo por el bien de la Monarquía.

Bourges 18 de Mayo de 1845.

CARLOS LUIS.

MANIFIESTO.

ESPAÑOLES:

La nueva situacion en que me coloca la renuncia de los derechos á la corona de España, que en mi favor se ha dignado hacer mi Augusto Padre, me impone el deber de dirigiros la palabra; mas no creais, Españoles, que me propongo arrojar entre vosotros una tea de discordia. Basta de sangre y de lagrimas. Mi corazon se oprime al solo recuerdo de las pasadas catástrofes, y se estremece con la idea de que se pudieran reproducir.

Los sucesos de los años anteriores habrán dejado quizás en el ánimo de algunos, prevenciones

contra Mí creyéndome deseoso de vengar agravios. En mi pecho no caben tales sentimientos. Si algun dia la divina Providencia me abre de nuevo las puertas de mi patria, para Mí no habrá partidos, no habrá mas que Españoles.

Durante los vaivenes de la revolucion, se han realizado mudanzas trascendentales en la organizacion social y política de España; algunas de ellas las he deplorado ciertamente, como cumple á un Príncipe religioso y español; pero se engañan los que me consideran ignorante de la verdadera situacion de las cosas y con designios de intentar lo imposible. Sé muy bien que el mejor medio de evitar la repeticion de las revoluciones, no es empeñarse en destruir cuanto ellos han levantado, ni en levantar todo lo que ellas han destruido. Justicia sin violencias, reparacion sin reacciones, prudente y equitativa transaccion entre todos los intereses, aprovechar lo mucho bueno que nos legaron nuestros mayores sin contraestimar el espíritu de la época en lo que encierre de saludable: he aquí mi política.

Hay en la Familia Real una cuestion que nacida á fines del reinado de mi augusto Tio el Sr. D. Fernando VII (que santa gloria goza), provocó la guerra civil. Yo no puedo olvidarme de la dignidad de mi Persona, ni de los intereses de mi augusta Familia; pero desde luego os aseguro, Españoles, que no dependerá de Mí si esta division que lamento no se termina para siempre. No hay sacrificio compatible con mi decoro y mi conciencia, á que no me halle dispuesto para dar fin á las discordias civiles y acelerar la reconciliacion de la Real familia.

mi corazon: no deseo presentarme entre vosotros apellidando guerra, sino paz. Seria para Mí altamente doloroso el verme jamás precisado á desviarme de esta linea de conducta. En todo caso, cuento con vuestra cordura, con vuestro amor á la Real Familia y con el auxilio de la Providencia.

Si el Cielo me otorga la dicha de pisar de nuevo el suelo de mi patria, no quiero mas escudo que vuestra lealtad y vuestro amor; no quiero abrigar otro pensamiento que el de consagrar toda mi vida á borrar hasta la memoria de las discordias pasadas y á fomentar vuestra union, prosperidad y ventura; lo que no me será difícil, si, como espero, ayudais mis ardientes deseos con las prendas propias de vuestro carácter nacional, con vuestro amor y respeto á la Santa Religion de

FOLLETIN.

DIA Y NOCHE. (1)
 LIBRO TERCERO.

CAPITULO VI.

Los aventureros llegaron á Tours, y se establecieron en una casa, sin ningun accidente digno de contarse.

Morton nada tenia que hacer mas que divertirse y pasear. Pasaba por un joven rico; Gawtrej por su tutor y ayo, y Birnie por su ayuda de cámara. El cargo de la manutencion recaia en el segundo, quien representaba su papel á las mil maravillas, echando sus latinajos de universidad, y sus textos en griego á la menor ocasion, y en fin jugaba al whist con la perfeccion de un vicario veterano. Con su habilidad en el juego, adquirió al principio lo bastante al menos para sufragar á los gastos; pero, por grados, el buen pueblo de Tours, en el que bajo pretexto de salud, vivia por economía, empezó á desconfiar de tan excelente jugador; y aunque Gawtrej juraba solemnemente que no habia mácula en ello, la gente se iba retirando, y al fin tuvo que pensar en extender sus viajes.

—Ah! dijo Gawtrej, el mundo hoy dia se ha hecho tan vano, que no se puede viajar con comodidad sino en silla de posta con cuatro caballos. Por último se encontraron en Milan, que era entonces una mina para los juradores. Aquí sin embargo, por falta de presentacion, no pudo M. Gawtrej introducirse en la sociedad. Los nobles, orgullosos y ricos, jugaban fuerte, pero eran muy escrupulosos en materia de personas; la clase media, industriosa y enérgica, conservaba todavia mucha parte de la antigua rudeza de los lombardos; no habia tampoco mesas redondas, ni reuniones públicas. Gawtrej veia que su corto capital bajaba diariamente, con los Alpes á la espalda y la pobreza por delante. Al fin, siempre en acecho, consiguió trabar conocimiento con una familia escocesa respetable. Debió esta dicha á la casualidad de haber entregado al escocés una caja de tabaco que se le cayó al suelo al tiempo de sacar el pañuelo del bolsillo. Este acto de atencion hizo que se empezasen á hablar, y de esta entrevista quedó tan complacido el caballero, que presentó á Gawtrej á Mrs. Maegregors; y cangearon sus tarjetas. Una vez metido en la casa de persona tan respetable, trabajó tanto Gawtrej con las demás visitas, que obtuvo su

(1) Empezó á publicarse en el núm. 169 de este periódico.

objeto de colarse en el círculo inglés de Milan. Volvió á salir á luz su habilidad en el whist, y otra vez sonrió la fortuna á la destreza.

Una noche acompañó el pupilo al tutor á esta casa. Cuando se arreglaron las partidas, que consistian en dos mesas, se quedó solo el joven con un caballero de edad que parecia locuaz y amable, y que hizo mil preguntas á Morton, á las que facilmente pudo responder. Originóse en aquel momento una disputa en una de las mesas, cuando se abrió la puerta, y anunciaron á lord Lilbourne.

M. Maegregors levantóse y se acercó con el mayor respeto al personage.

—Apenas me atrevia á esperar la dicha de teneros en esta casa, lord Lilbourne, estando tan fria la noche.

—No contabais entonces con el fastidio de mi solitaria posada, y el atractivo de vuestro círculo. ¡Ola! tenemos whist.

—¿Jugais?

—Muy rara vez, ahora. Antes fui muy aficionado. Pero; iré á ver, y lord Lilbourne cogiendo una silla se puso exactamente enfrente de Gawtrej.

El caballero de edad volvióse á Felipe.

—Es hombre extraordinario lord Lilbourne, habeis oido hablar mucho de él, verdad?

—No, por cierto, ¿y sobre qué, preguntó el joven levantándose.

—Sobre qué! dijo el caballero con una sonrisa, los periódicos si los leais os dirán bastante del incomparable y sábio lord Lilbourne; hombre de talento eminente, aunque dejado. Fue calavera en su juventud, como todas las cabezas bien organizadas; pero al heredar sus títulos y estados, y al casarse, se hizo mas arreglado. Indudablemente hubiera hecho gran papel en la política si hubiese querido. Tiene mucha reputacion, extraordinaria. La gente dice que aun es aficionado al placer, pero esto es comun en la aristocracia. La moralidad se ve solo en la clase media, joven. Es familia afortunada la de Lilbourne: su hermana Mrs. Beaufort.

—Beaufort! exclamó Morton, y luego dijo entre sí:—Ah! es verdad! he oido antes el nombre de Lilbourne.

—Conocais á los Beauforts? Os acordareis que Robert, el cuñado de lord Lilbourne, tuvo la suerte de heredar la magnífica hacienda de sus antepasados por la muerte de su hermano que se casó con una.....

Morton se levantó de repente yéndose á sentar en una de las mesas de juego.

Desde que se puso lord Lilbourne enfrente de Gawtrej, habia mani-

festado este tal inquietud y desasosiego que lo notaron todos los de la compañía. Quedóse pálido, sus manos temblaban y se movia continuamente en su asiento, hasta que no pudiendo aguantar mas se puso en pie, y dejando el dinero, exclamó con forzada sonrisa:—Me abraso de calor. Levantóse tambien lord Lilbourne, y se encontraron los ojos de ambos. Los del Lord penetrantes é investigadores, los de Gawtrej como carbones encendidos.

—Ah, doctor, dijo M. Maegregors, permitidme que os presente á lord Lilbourne.

El par hizo un saludo altanero; M. Gawtrej no se lo devolvió, y con ciertos movimientos marcados de ira dirigióse á la chimenea, volviéndose á mirar al Lord. Esto que nunca perdía su serenidad, se fue á hablar tranquilamente con el dueño de la casa.

—Vuestro doctor parece hombre muy excéntrico, algo distraido sin duda, como todo sábio.

Ambos sujetos permanecieron hasta que concluyó la tertulia; al salir lord Lilbourne siguióse inmediatamente por la escalera Gawtrej, y se bajaron juntos. Al poner el primero el pié en el estribo del carruaje, volvióse bruscamente la cabeza, y encontrándose otra vez con los ojos de Gawtrej, se detuvo un momento, y le dijo en voz baja.

—Ya sabeis que nos conocemos. Cuidado con encontrarnos otra vez; y con esta condicion no habrá nada.

—Infame! replicó Gawtrej apretando los puños, pero Lilbourne se habia metido en el carruaje, y echado á correr.

Gawtrej quedó suspenso un buen rato, hasta que al fin uniéndose á su compañero, le dijo:

—No adivináis quien es lord Lilbourne? Os lo diré: mi primer enemigo y el abuelo de Fanny! Ahora, admirad la justicia del destino; ahí tenéis á un hombre que empezó su vida achacándose sus faltas. De este insignificante principio, ¡qué cúmulo de maldades se ha formado! Este mismo hombre sedujo á mi amante prometida, corrompió su alma y su hermosura, que eran buenas en su principio, sepultándola en el cieno de los vicios; este hombre nadando en riquezas, aprendió á engañar y á estafar en el juego, y me acusó de su crimen; ese hombre en cuyo corazon se abrigan todos los desórdenes; pues que ha añadido á los de su juventud la pertinacia y astucia de un malvado empedernido, del veis adulado, encomiado, grande, rompiendo por entre los aplausos del mundo y esperando á su muerte un ilustre epitafio y una tumba de mármol; y yo.... un bribon si quereis, pero bribon para adquirir el pan por causa suya.... y